

VIVIENDAS SALMANTINAS DE DON MIGUEL.

El mirador del Campo de San Francisco.

La primera morada de don Miguel de Unamuno en Salamanca fué una soleada casita, que aún puede verse, en el Campo de San Francisco, esquina al paseo de las Carmelitas, en lo que ya se llama las Afueras de San Bernardo. La fachada que da al Campo es de ladrillo rojo, y en su planta superior, de las dos que tiene, existe un mirador de hierro y cristales que no sé si data de los tiempos en que Unamuno vivía en ella. La que da al paseo está cubierta de azulejos azulados en su única planta, que creo deben ser también posteriores a aquella época. Debíó instalarse en esta casita recién casado, al comenzar el curso académico 1891-1892, el primero que explicó en esta Universidad, cuya cátedra de Lengua Griega había ganado al comenzar el verano del primero de dichos años, ya que su toma de posesión de la misma es de 13 de julio de 1891, primer contacto de Unamuno con esta ciudad en la que iba a pasar el resto de su vida.

Uno de los primeros escritos suyos firmados en esta casa fué el artículo necrológico que dedicó a su amigo y paisano Julio Guiard, becario e hijo espiritual de la Universidad de Salamanca. Con él hizo oposiciones a una cátedra de Psicología del Instituto de Bilbao, que ganó su antiguo compañero de colegio. «Los dos ganamos—escribió entonces Unamuno—; no sé quién más. El, la cátedra y yo una amistad cariñosa y verdadera.» Guiard conocía bien Salamanca, y Unamuno acababa de entrar en contacto con ella en aquel verano de 1891. Después de residir un curso entero en la ciudad, pensaba contarle sus impresiones el

verano siguiente, cuando fuese a su tierra, como en aquellos años tenía por costumbre. Pero la muerte del amigo frustró este cambio de impresiones, dolorosamente sustituido por los párrafos que dedicó piadosamente a su memoria.

Desde esta casa entabló Unamuno esa familiaridad poética, que nunca abandonó, con el que llamó el «franciscano Campo de San Francisco», y con el «alto soto de torres», que años más tarde pasaría a su famosa «Oda a Salamanca». Y desde ella enviaba a *El Nervión*, de Bilbao, sus colaboraciones asiduas, alguna de ellas justamente famosa, como la titulada «San Miguel de Basauri en el Arenal de Bilbao», que es una evocación nostálgica de la romería del 29 de septiembre de 1873, cuando el autor tenía apenas nueve años. Este trabajo fué leído, pero no por quien lo escribió, en los locales de la Sociedad «El Sitio», de su ciudad natal, y fué incorporado más tarde a uno de sus primeros libros, el titulado *De mi país* (1903).

Desde esta casita pudo ver Unamuno cómo la primavera iba cubriendo de verde los árboles del vecino Campo de San Francisco, cómo el plumoncillo de la hoja nueva engalanaba los negrillos de las Ursulas. Esto debió durar a lo largo de los años 1892 y 1893, pues en enero de 1894 nació el segundo de sus hijos en un paraje urbano bien diferente a éste.

Los salmantinos de hoy lo hemos conocido muy cambiado de como debía aparecer a fines de 1893, en que don Miguel y los suyos se trasladan a este barrio. Aún existía allí, no lejos de la Puerta de Zamora, la Plaza de Toros, que muy pronto iba a ser derribada para dar paso a los llamados Hoteles de Mirat. Pues bien: en un casa situada frente al antiguo coso taurino, en la que hoy se llama plaza de Gabriel y Galán, y que se conserva como estuvo antaño, se estableció don Miguel con su familia. Es la casa señalada con el número 2. Tenía entonces unas galerías exteriores a la plaza, que todavía subsisten, y un pequeño jardín ante la fachada. Recuerda el hijo mayor de Unamuno, Fernando, que en esta casa estaban establecidas las oficinas del ferrocarril de Medina a Salamanca, y la vivienda de su director, monsieur Louis, cuya familia perdura muy vinculada a la ciudad actual.

No lejos de este lugar había dos casas en ángulo, propiedad

de la familia Martín Bazán, a las que llamaban «El Rincón», y en una de ellas, no me han acertado a precisar si en la que subsiste, vivió también don Miguel, hasta su traslado a la casa rectoral de la Universidad en 1900. A este paraje urbano deben adscribirse las primeras obras que publicó Unamuno, de las que elijo dos bien señeras: la colección de ensayos que tituló *En torno al casticismo de España*, que data de 1895, y su novela histórica *Paz en la guerra*, aparecida en 1897. Aunque no debe ser olvidado que la gestación de ésta arranca de sus años de Bilbao, por cuanto el propio autor confiesa que en este libro encerró más de doce de trabajo.

También corresponden a esta década final de siglo algunas composiciones poéticas, luego incluídas en su libro *Poesías*, publicado en 1907, pero que antes vieron la luz en publicaciones de aquel tiempo, como *Revista contemporánea* y *Revista nueva*. Citaremos tan sólo las tituladas «Al sueño», «La flor tronchada» y, sobre todo, «El Cristo de Cabrera», recuerdo de la romería celebrada el 21 de junio de 1899, y que posiblemente es el primer contacto poético de Unamuno con el campo salmantino, al que arrancaría el secreto de sus paisajes y el caudal de voces dialectales que cobraron categoría literaria en sus escritos.

La Casa Rectoral de Libreros, 11.

Al comenzar el otoño de 1900—el 31 de octubre exactamente—don Miguel toma posesión del Rectorado de la Universidad, en el que sucede a don Mamés Esperabé, que lo había desempeñado desde 1868. Y aunque éste residió en su casa, aquélla tenía desde el siglo XVIII una casa Rectoral para el alojamiento de quien rigiese sus destinos. Está enclavada en la misma manzana que ocupa la Universidad, en el esquinazo que forman la calle de Libreros y la que desde 1881 se llama de Calderón de la Barca. Es un edificio de traza singular y muy bella, con grandes balcones de hierro, muy salientes, sobre ambas calles, parte de los cuales, los que dan a la de Calderón, se adornan con una parra a la que este inquilino impar del edificio cantaría luego en un soneto famoso.

En esta casa nacieron los cuatro últimos hijos de don Miguel, y en ella le hizo el pintor Ramón de Zubiaurre aquel bizarro retrato del que solía su autor decir que estaba pintado «al fragor de un relámpago», cuchillada de luz que presta singular encanto al celaje que envuelve la fachada de la Universidad y ofrece un fondo único a la noble cabeza del retratado. Aquí brindó alojamiento Unamuno al conde de Romanones cuando, acompañando al ministro García Alix, vino a inaugurar el curso académico de 1902, y más tarde a María de Maeztu y a otros amigos de su familia. Y con ésta se vino a vivir María de Unamuno, hermana de don Miguel, al morir su madre en 1908.

La mayor parte de los poemas que reunió en su libro *Poesías* (1907) fueron escritos en esta casa, en especial los reunidos bajo el epígrafe común de «Incidentes domésticos». En una de sus habitaciones, que fuera antaño comedor, se conserva una chimenea francesa, frente a la cual solían leer los hijos mayores del poeta. Uno de ellos, Fernando, me dice cómo llevó su padre esta escena a los versos que comienzan:

Junto al fuego leía
Quintin Durward mi hijo;
 así también yo lo leyerá antaño
 y así mis nietos
 habrán acaso de leerlo un día...

Pero hay un momento en que la vivienda de la casa Rectoral resulta insuficiente para Unamuno—que llegó a reunir nueve hijos vivos—y su familia, y entonces trasladada su despacho y su crecida biblioteca a la planta baja, utilizando unas habitaciones que habían resultado de tabicar la antigua sala rectoral.

Corresponden a este escenario de la vida unamuniana desde su novela *Amor y Pedagogía*, aparecida en 1902, hasta la primera redacción—mil quinientos endecasílabos—de su poema *El Cristo de Velázquez*, tal como lo dió a conocer en una lectura pública en Madrid en el mes de enero de 1914. Entre ambas fechas hay que situar un quehacer constante que pregonan títulos como éstos de otros tantos libros suyos, cuya redacción, no su publicación, tuvo lugar entre estas paredes animadas por su esfuerzo de cada día: *Contra esto y aquello* y *Por tierras de Portugal y de España*, nutridos con las correspondencias que

enviaba a *La Nación*, de Buenos Aires, lo mismo que el titulado *Mi religión y otros ensayos*; gran parte de los sonetos de su *Rosario*, algunos cuentos de *El espejo de la muerte* y todos los ensayos de su *Del sentimiento trágico*.

Fué este, sin duda, el escenario del vivir unamuniano más denso y ordenado en su producción literaria y filosófica, el de las más largas veladas sobre los libros y las cuartillas, el de la ordenación de su archivo epistolar y de los numerosos envíos que recibía. En un círculo de pocos metros de radio tenía cumplidas sus obligaciones docentes y académicas. Aquéllas en la soleada clase del segundo piso de la Universidad, a la que solía entrar por la puerta sobre la que se levanta la maravilla de su fachada plateresca, y las rectorales con sólo cruzar la calle de Libreros y entrar en la Patio de Escuelas. El mismo escenario que su presencia animó, sobre el que había vertido las eclosiones líricas impares de su «Oda a Salamanca»:

En este patio que se cierra al mundo
y con ruinoso crestería borda
limpio celaje, al pie de la fachada
que de plateros
ostenta filigranas en la piedra,
en este austero patio, cuando cede
el vocerío estudiantil, susurra
voz de recuerdos.

Bordadores, 4. Junto a la Casa de las Muertes.

Pero de ese escenario tuvo que salir Unamuno a fines del verano de 1914. Como algunos, en otros anteriores, había estado con los suyos en una playa portuguesa, en Figueira da Foz, donde le sorprendió la noticia del comienzo de la guerra europea. Y al regresar a su casa, dispuesto a comenzar un nuevo curso académico, una orden ministerial le destituía del Rectorado, sin razón ni explicaciones previas, sin haber sido advertido. Está por analizar a fondo lo que esta arbitraria medida ha representado en la vida de don Miguel, y no es éste el momento de hacerlo. Para él representó una entrega a la política nacional, de la que se había mantenido apartado, y es, tal vez, lo que más

han subrayado sus biógrafos. Pero entrañó también una huida de climas más sosegados y laboriosos, como los anteriormente gustados, que se refleja en su producción posterior. Y en el orden personal, familiar, si se quiere, la búsqueda de una nueva casa donde instalarse con los suyos, llevando consigo su biblioteca.

Y en los días en que lanzaba su justa irritación a los cuatro vientos de la vida nacional, que culminaría en aquella famosa conferencia que pronunció en el Ateneo, de Madrid, con el sarcástico título de «Lo que debe ser un Rector en España», tuvo también que preocuparse de hallar un nuevo acomodo para todos. Lo encontró en una casa enclavada en otro paraje salmantino de los más recatados y monumentales, hoy mejorado y diferente al que él viviera. Y en una casa antigua, con portada en cuyo tímpano de piedra campea un escudo blasonado con las insignias de una Orden religiosa—su primera propietaria, probablemente—, frente a la prodigiosa calle de las Ursulas, sombreada por negrillos gigantescos, en el número 4 de la llamada calle de Bordadores o, según los cronistas locales, de Bohordadores, inicia las tareas del curso 1914-1915. Ocupaba su vivienda la mitad de la planta noble del edificio—de poca fachada, pero de gran fondo—, y sólo daba al exterior el doble hueco que desembocaba en un balcón de hierro, desde el que se veía el perfil único de la torre de Monterrey y el trazado de la llamada calle de la Compañía—la más imponente, sin duda, de la ciudad—y la crestería que corona y a la vez sostiene un tejaro del ábside de la iglesia del convento de las Ursulas. En esa habitación exterior se puso su despacho, con las modestas estanterías cuajadas de libros, la mesa-camilla cuadrada, con faldillas azul oscuro y brasero, en torno a la cual, frente a frente, estaban los dos sillones fraileros: el que ocupaba don Miguel y el que solía ofrecer a sus visitantes. En la parte interior de la vivienda, espaciosa y soleada, se acomodaron su mujer, su hermana y sus hijos.

En esta casa pule y revisa, tacha y amplía, durante casi seis años, la versión primigenia de su poema *El Cristo de Velázquez*, que al fin publica en 1920, y aquí nacen las rimas becquerianas y románticas de *Teresa*, cuyos primeros ejemplares no llegaron

a sus manos hasta el otoño de 1924, cuando ya vivía en París. Aquí escribió tres de sus novelas más famosas: *Nada menos que todo un hombre*, *Abel Sánchez* y *La tía Tula*, no poca parte de su teatro: *El pasado vuelve*, *Soledad*, *Raquel*, y aquella novela corta que luego iba a convertir él mismo en drama bautizándole con el título de *Sombras de sueño*. Y de esta casa salieron las constantes e ineludibles colaboraciones para los periódicos y revistas, con cuyo importe, crecidos los hijos y menguados los ingresos, había que seguir adelante en una lucha digna y ejemplar.

Así la mantuvo hasta febrero de 1924, en que fué sacado de esta casa recoleta, medianera de la de las Muertes, para ser conducido a la isla atlántica de Fuerteventura, en Canarias, cumpliendo la orden de destierro del Gobierno del general Primo de Rivera. Y no volvió a ella hasta seis años después, en febrero de 1930, cuando desde el único balcón dirigió la palabra a los salmantinos que le habían acompañado y le vitoreaban, llenando la entonces estrecha calle de Bordadores.

El regreso de Unamuno a España y los rumbos que la política nacional siguió desde la instauración de la República en 1931, hicieron que su vivir en esta casa, recobrada después de una larga ausencia, no fuese ya continuado. Casi un año, de los comprendidos entre aquél y el de su muerte, lo pasó en Madrid, viviendo con su hija Salomé y el esposo de ésta, José María Quiroga Pla; y en 1934, durante varios meses, se instaló temporalmente en la casa número 38 de la calle de Zamora de esta ciudad de Salamanca, donde tenían instalada su clínica dos de sus hijos—Pablo y Rafael—, médicos ambos. Fué en esta casa donde en mayo de 1934 murió la mujer de don Miguel—«Eres tú, Concha mía, mi costumbre»—, tras de cuya pérdida buscó de nuevo el refugio de la vieja casa de la calle de Bordadores, en la que instaló su celda de solitario viudo, llevando en el corazón el gran dolor de su vida.

De este rincón salmantino, próximo también, como su primera vivienda salmantina, al Campo de San Francisco, se acordó muchas veces en Fuerteventura, y en París, y en Hendaya. Uno de sus escritos de los años del destierro puede ser la expresión de esta dolorida nostalgia.

«Allí—escribió—, sin tener que cerrar los ojos, sueño y reveo aquel Campo de San Francisco, de mi Salamanca, donde tantos ensueños he brizado, donde tantos porvenires he soñado. Porvenires míos y de los míos, porvenires de mi Salamanca, porvenires de mi España.

Noches en que sentí sobre mi frente
la mano del Señor, que de la nada
¡me iba exprimiendo el sueño que no mienté!

Y en ésta su última vivienda salmantina, poblada por el recuerdo de los que se fueron: su hermana María, su hija Salomé, vino a buscarle la muerte aquella fría y clara tarde del último día del año 1936.

La Casa-Museo de la Rectoral.

Después de la muerte de don Miguel, su familia siguió viviendo en esta casa de la calle de Bordadores, de la que pocas semanas antes salieron los libros de su biblioteca, generosamente cedidos por él a la Universidad. Y cuando sus hijos decidieron instalarse en otro paraje de la ciudad, los muebles y recuerdos personales, el archivo, los manuscritos, hallaron acomodo digno y definitivo, por decisión de aquélla, en la antigua Casa Rectoral en que Unamuno vivió los primeros catorce años de este siglo. Y aunque muchos le conocieron viviendo junto a la Casa de las Muertes, fué aquélla su vivienda más continuada y duradera, si descontamos los seis años del destierro y los de residencia en Madrid o en otra casa de la ciudad. Nada más justo que el haber instalado en ella este recuerdo vivo de su paso por Salamanca y por su Universidad.

En la planta alta de esta Casa Rectoral, en las habitaciones cuyos balcones se abren a la calle de Calderón y a la de Libreros, se han dispuesto las tres estancias que constituyen este vivo y singular museo. La más espaciosa, con un cuartito anejo, contiene su biblioteca, incrementada la donación que hizo en vida, con los varios centenares de volúmenes recuperados en Héndaya, lo que eleva la cifra de aquéllos a casi seis mil. Es la habitación que conserva la chimenea francesa de mármol gris veteado, sobre el que luce un extraordinario cuadro de su gran amigo y

paisano Manuel Losada, en el que aparece el Unamuno de 1905, cabellos negros que apenas comienzan a blanquear en los aladares, barba puntiaguda, traje oscuro con chaleco cerrado, del que emerge una camisa con cuello blanco rígido y unos puños duros y redondos. Sobre una larga mesa de trabajo, que fué suya, la reproducción escultórica de su mano, molde vaciado en 1907, y sobre la puerta que da acceso al cuartito anejo, un paisaje toledano al óleo del pintor inglés Hall, gran intérprete de Castilla. Como él dijo en un sôneto de 1910, la parra rectoral cierne la luz de este aposento, cuyo balcón único es en otoño una lúcida algarabía de anchas hojas verdes y retorcidos racimos de uvas de color de miel.

La segunda estancia, más reducida y con un solo hueco de luz también a la calle de Calderón, es el despacho, que algún tiempo tuvo el inquilino de esta casa en la misma disposición en que hoy puede verse. La cuadrada camilla con faldillas azules y brasero, con los dos sillones de cuero, de esos que en España suelen llamarse fralleros; una estantería en la que se reúnen las ediciones de las obras de Unamuno y las traducciones que lograron a las lenguas más difundidas y a las más extrañas del mundo, ante las que luce la teoría de sus amigos portugueses en sendas postales, tal como él las reuniera sobre una gran tira de papel amarillo, y junto a ellas la de Sarmiento, y un gran retrato de Guerra Junqueiro, y un dibujo de la casa de Bordadores, 4. De las paredes penden varios recuerdos unamunianos que allí adquieren su plena razón y sentido: la orla de final de carrera, la de Filosofía y Letras, en la Universidad de Madrid —1884—, donde aparece un don Miguel de veinte años que aún no usa gafas, y entre los medallones por los que se asoman las caras serias de los profesores, la de Menéndez Pelayo, Emilio Castelar, Miguel Morayta, Ortí y Lara, Viscasillas, Fernández y González, etc.; un retrato familiar en que está la madre del poeta presidiéndolo, y dos pequeños cuadros al óleo, copias que el propio don Miguel hizo en el estudio de su maestro Lecuona, que estaba situado en los altos de la misma casa de la calle de la Cruz en que aquél vivía. Una pequeña vitrina alberga numerosas muestras del arte cocotológico de Unamuno, al que dedicó todo un tratado al final de su novela *Amor y Pedagogía*: paja-

ritas, extraños animales, muebles y objetos varios hechos en papel, agrupados en torno a algunos dibujos suyos. Sobre la puerta que separa el despacho de la biblioteca, un delicioso cuadro de Juan de Echevarría, el pintor vasco tan amigo de Unamuno, que reproduce el Arenal de Bilbao. Y en una papelera junto al rincón, que también fué suya, cañas secas, de las que utilizó un tiempo para hacerse sus propios portaplumas, más tarde desbancados por la estilográfica.

La tercera y última estancia es el sencillito dormitorio matrimonial, con ancha cama de hierro negro y bronce dorados, la mesilla con una sola ringlera de cajones iguales, la mesa articulada para leer y escribir echado, que siguió desdeñando aún después de haberla ensayado; el lavabo, el gran armario antiguo de madera noble, la percha de árbol, la sillita baja de doña Concha y—único elemento nuevo—la reproducción del único dibujo de la cabeza de Unamuno recién muerto, debido a José Herrero.

Y esta Casa Rectoral que un día animara Unamuno con su presencia física, escenario de alegrías y dolores, de luchas y de satisfacciones, ha vuelto a ser la perduración de su paso por Salamanca y por su Universidad. Cuanto en ella se alberga es un recuerdo y es algo no sólo auténtico, sino un todo vivo y armónico. Abierta a los investigadores, en ella pueden consultar los mismos libros que él reunió, unos dedicados por sus autores, y la mayoría con anotaciones de su puño y letra; y junto a ellos, las ediciones y traducciones de sus propias obras; las colecciones de sus escritos menores, dispersos en periódicos y revistas; autógrafos, y el archivo epistolar de los millares de cartas que recibió.

Así cree la Universidad de Salamanca haber cumplido el doble legado que don Miguel de Unamuno le hiciera. El más inmediato de confiarle su biblioteca, hecho poco tiempo antes de morir, pero que respondía a un anhelo largamente sentido, y otro más remoto, públicamente difundido, en el que asumiendo la representación de la ciudad, es ya algo real lo que él le encomendara dramáticamente en 1904:

Cuando yo me muera,
guarda, dorada Salamanca mía,
 tú mi recuerdo.
Y cuando el sol al acostarse encienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje, de lo eterno heraldo,
 di tú qué he sido.

MANUEL GARCIA BLANCO.